Introducción



ILUSTRACIÓN 2: Fachada principal del *Templo de Atenea Nike*, s. V a.C., en la Acrópolis de Atenas.
Cortesía de V. La Spina, 2011

"Me tira aquel país mejor,
añoro a Alceo y Anacreonte,
y preferiría dormir en angosta tumba,
junto a los santos en Maratón.
Ay, sea esta mi última lágrima
vertida por la sagrada Grecia.
Oh Parcas, haced sonar las tijeras
pues mi corazón pertenece a los muertos."[1]

Ciertamente, resultaría una obviedad afirmar que los occidentales debemos mucho de lo que somos al fecundo hechizo de la cultura griega. De todas formas, en honor a la verdad y al rigor históricos, no deberíamos olvidarnos de la cultura sumeria, la egipcia y, sin duda, de la cultura judía y romana. Excepción hecha del teatro, la filosofía, la tragedia, la democracia y las ciencias, los griegos no inventaron, ni los dioses ni la religión ni la agricultura ni la escritura ni la economía. Tampoco les debemos a ellos los primeros códigos legales ni la arquitectura, el arte o la belleza, las bibliotecas[2] o la educación. No fueron los griegos quienes inventaron la medicina, el canon, las matemáticas, la geometría, ni siquiera las ciudades. No obstante, consiguieron redimensionar el alcance de muchas de esas realidades y actividades [artes], conquistando un estatuto sistemático, científico, intelectual y universal para casi todas ellas mediante el *nous* y la *physis*. Por mor de estos, llevaron a cabo una comprensión novedosa de la realidad a través de principios racionales. A ellos debemos la superación de la incertidumbre y lo cambiante, tras el hallazgo de lo permanente y lo estable, vale decir: de la creación de modelos lógicos, ideales y eternos, subyacentes a la realidad. Con todo, aquí solo vamos a tratar algunos de los haceres y decires básicamente griegos y, en

1. Hölderlin, Friedrich, *Poemas*, Lumen, Barcelona, 2015, "Grecia", p. 49.
2. Vallejo, Irene, *El infinito en un junco. La invención de los libros en el mundo antiguo*, Siruela, Madrid, 2020, p. 153.

alguna medida romanos, relacionados con conceptos y términos que se hallen vinculados a la belleza y al arte en general.

Fue en las llanuras de Troya y en el, a veces, tempestuoso mar Egeo donde tuvieron lugar algunas de las más gloriosas y legendarias gestas épicas y culturales de las que tenemos noticia. Sabemos de ellas gracias a los poetas épicos y rapsodas, a los poetas líricos y elegíacos, a los himnos, los peanes, los ditirambos, las odas, etc. El mar fue, sin duda, determinante para la cultura griega. Facilitó el comercio y el contacto entre las islas jonias [Mileto, Éfeso, Priene, Samos, Lesbos, etc.], favoreciendo el intercambio cultural y el tránsito de ideas. Muchas de sus ágoras, tribunales y puertos fueron la sede de abundantes reflexiones e investigaciones, de la búsqueda del *arché*, del nacimiento del *logos*, la *aletheia* y la φιλοσοφία o amor por la sabiduría. También lo fueron de inéditas leyes que hicieron posible un tipo de convivencia y de relaciones entre iguales que se reconocieron una confianza recíproca [*isonomía*], sin menoscabo de la permanencia de la aristocracia, de la existencia de infinidad de esclavos –instrumentos parlantes, que diría Varrón– y del poco o nulo valor y dignidad reconocidas a la mujer, recluidas en gineceos y, sin duda, al ámbito doméstico. La cultura griega fue muy aristocrática, masculina y oral. A pesar de todo, fue precisamente allí, en Grecia, sobre todo en Atenas –y no en Jericó ni en Ur de Caldea ni en la Nippur sumeria, tampoco en la Babilonia mesopotámica de Hammurabi o la de Nabucodonosor ni en la egipcia Menfis– donde se descubrió que el mundo no era un jardín para divertimento frívolo, caprichoso y aleatorio de los Dioses, sino el itinerario de los peregrinos de lo eterno, que diría Keats. Fueron los griegos, sobre todo los del periodo clásico, los que cultivaron una forma de acercamiento al mundo y la realidad de manera científica y lógica. Este modo de acercarse a las cosas les permitió hacerse cargo de sus propiedades: atributos que les pertenecen "en propiedad".

> "Cuando un mesopotámico se enfrentaba a una piedra, sabía que esta pesaba y que haría falta esfuerzo para desplazarla. El descubrimiento griego consiste en advertir, no tanto que las piedras pesan sino, que "el peso" es algo suyo: la realidad tiene características que le son propias y así es como aparecen expresiones del tipo "el ser propio de", "la mismidad", etc."[3].

Hicieron notar que para el éxito y la perfección en el hacer y el obrar no bastaba la fortuna [*tyche*], también era preciso el cálculo, la previsión y la estrategia [*gnome*], sin duda, la audacia y la habilidad [*metis*]. Justamente por eso, porque para los griegos el mundo y el universo [*kósmos*] estaban constituidos de orden y razón, fue allí, unas veces en el marco de los *symposia* de aficionados a la sabiduría y al albur del buen vino rebajado con agua; otras en los tribunales de justicia, en las asambleas y jurados públicos, en los paseos por la Academia platónica [≈387 a.C.], en el Liceo aristotélico [≈335 a.C.], en el mágico Jardín de Epicuro [≈306 a.C.] o en el Pórtico de Zenón de Citio [≈301 a.C.] donde conquistaron una noción de humanidad y belleza [*kálos*] inéditas, vinculadas al extremo a la mesura racional y no al caos ilógico [*hybris*], también al bien y a la nobleza. No le falta razón a Santayana cuando señala que "Entre los griegos, la idea de felicidad era estética y la de belleza era moral: y esto no porque los griegos estuvieran confundidos sino porque eran civilizados"[4]. En aquel universo cultural, sobre todo el de las *poleis*, fue donde los ciudadanos podían aspirar a ser

3. García Sánchez, Rafael, "*Nomos* y *Ius* como fundamento de la Polis griega y la Civitas romana" en *Arte y Ciudad. Revista de Investigación*, nº 11 (abril), Madrid, 2017, Grupo de Investigación Arte, Arquitectura y Comunicación en la Ciudad Contemporánea, Universidad Complutense de Madrid, p. 204.

4. Santayana, George, *La razón en el arte y otros escritos de estética*, Verbum, "La mutabilidad de las teorías estéticas", Madrid, 2013, en Savater, Fernando, "Concepto y estética en George Santayana", *Instrucciones para olvidar el Quijote. Y otros ensayos generales*, Taurus, Madrid, 1995, p. 66.

felices y a llevar una vida buena; a considerar la existencia y la vida como si de una obra de arte se tratase, que diría Foucault[5]; a huir de los excesos y a defender la medida, el orden y la virtud como condiciones para la excelencia humana [*areté*]. Fue en la Atenas de los siglos V y IV a.C. y no en la bíblica Nínive ni en la faraónica Tebas donde fue posible que Pericles, el reconstructor del Partenón, pudiera decir en su *Discurso fúnebre* que los atenienses "Amamos la belleza con sencillez y el saber sin relajación […]"[6]. Más serio y solemne se pone Heidegger cuando afirma que fue en Grecia donde, por primera vez, el ser se puso en obra[7]. Y es que, mucho de lo griego, tiene para Occidente un carácter modélico, vale decir: inaugural.

Como es sabido, la cantidad de textos sobre arte y belleza, referidas a la cultura griega, es inmensa. Seria ocioso hacer la lista. Con todo, para los estudiantes del gran arco de las disciplinas relacionadas con el arte, desde las más prácticas, como la Arquitectura, hasta las más teóricas, como la Estética, resultaría de gran apoyo una aclaración de muchos de los conceptos dados por sabidos porque, realmente no son lo que nos puedan parecer hoy. Este libro está pensado para las alumnas y alumnos, también para cualquier persona interesada por la cultura que quieran acercarse al conocimiento de todas estas cuestiones en su sentido griego y romano, salvando la distancia con lo moderno. Y es que, la belleza y el arte griegos tienen poco que ver con lo que, sobre eso, entendemos nosotros en la actualidad. Es sorprendente lo escasamente preocupados que los griegos estaban por las cosas que tanta fama y

5. Se refiere a la "estética de la existencia". Foucault, Michel, *Historia de la sexualidad II. El uso de los placeres*, Siglo XXI, Madrid, 2003, p. 15.

6. Tucídides, "Discurso fúnebre de Pericles" en *Guerra del Peloponeso*, LII, Gredos, Madrid, 1990, 40, p. 453.

7. Heidegger, Martin, *El origen de la obra de arte*, Ediciones Departamento de Estudios Humanísticos, Santiago de Chile, 1976, p. 44.

gloria dieron a su cultura artística. Hasta el punto es así, que en los textos griegos no encontramos un nombre para eso que los modernos llamamos arte. Términos de uso corriente para nosotros como poesía, técnica [*téchne*] o, habilidad y destreza [*metis*], no serían cabalmente comprensibles si no hiciésemos un alto en el camino y nos parasemos a pensar e interpretar qué significaban realmente para el gran educador de Occidente, Homero [s. VIII a.C.], de cuya figura sabemos bien poco; para el inspirado por las Musas, Hesíodo [s. VIII a.C.] y para el poeta lírico, Píndaro [VI-V a.C.]; para los grandes trágicos atenienses, Esquilo [525-456 a.C.], Sófocles [496-405 a.C.) y Eurípides [480-406 a.C.]; para los jonios Tales de Mileto, Heráclito de Éfeso, y Parménides de Elea entre otros; para Pitágoras de Samos [569-465 a.C.], Demócrito de Abdera [460-370 a.C.]; para los padres de la Historia, como el jonio de Halicarnaso, Heródoto [485-425 a.C.], el ateniense Tucídides [470-412 a.C.], o el gran cronista de su tiempo, Jenofonte [430-362 a.C.]; para Sócrates [470-399 a.C.], o para Platón [427-347 a.C.] y Aristóteles [384-322 a.C.], los filósofos más leídos de todos los tiempos; o, sin duda, para sus herederos latinos, desde Cicerón [106-43 a.C.] y Vitruvio [80-70 a.C.-15 a.C.], hasta el cordobés, Séneca [4 a.C.-65 d.C.]. Es a ellos, a unos más que otros, claro está, a quienes les debemos el nacimiento de la comprensión científica de la realidad, de sus propiedades, también la senda hollada hacia el *logos*. Todas esas conquistas las basaron en la contemplación admirada y asombrosa [*theorîa*] que devino la *conditio sine qua non* para el saber y el hacer técnico y artístico. ¿Cómo usaban esas palabras? ¿En qué textos y situaciones aparecen? ¿Qué personajes míticos o reales encarnaron de manera paradigmática su esencia? Sobre todas estas cuestiones realizaremos tantas consideraciones como nos permita el carácter eminentemente didáctico y divulgativo de este libro.

Otra legión de vocablos como producción y fabricación, simetría y proporción, medida y número, ordenación y cosmos, etc.,

también serán considerados en su marco inaugural, pues a lo que humildemente aspiramos es a facilitar su significado originario. En el presente texto no pretendemos descubrirlos, tan solo anotar el rico y fecundo campo semántico que poseían en la Antigüedad. Para ello acudiremos a textos de poetas y filósofos, de políticos, dramaturgos e historiadores clásicos, muchos sobradamente conocidos. A través de estos, intentaremos mostrar con más claridad lo que realmente significaban para aquellos hombres de la cultura griega, arcaica y clásica, también para una gran parte de la latina, heredera y admiradora de aquella. Solo así es posible afirmar que Occidente le debe mucho, no todo, a los griegos. De lo que sí estamos seguros es que solo a ellos debemos una noción de belleza indiscernible del ser de las cosas, de su presencia, de su naturaleza [*physis*], de su aspecto [*eîdos*], de su forma [*morphé*], de sus relaciones métricas recíprocas [*symmetria*] etc. Ese es el motivo por el que nos hemos aventurado a poner como título *Belleza sapiente*, porque bello no es solo lo que agrada a los sentidos pues sospecho que, por encima de todo, lo que más agrada al hombre de bien es la presencia del ser.